

# ¿Borrón y cuenta nueva?

CARLOS A. ROMERO

La política exterior de Venezuela presentó rasgos interesantes en 1982. Por una parte, la implementación de la llamada "Diplomacia de Proyección" experimentó una serie de transformaciones al disminuirse la actitud de militancia activa democrática de nuestro país en el Caribe. Por la otra, el gobierno Herrera criticó la actitud norteamericana durante la "Guerra de Las Malvinas", cuando quedó demostrado, para asombro de muchos, que los intereses de los Estados Unidos no son los intereses de los países latinoamericanos y caribeños.

Esta nueva tendencia también se ha expresado en el acercamiento del gobierno Herrera a México a raíz del envío de dos cartas idénticas enviadas por ambos Presidentes, en Septiembre, pidiéndole al Presidente Reagan su contribución para la búsqueda de una solución pacífica a los conflictos en América Central en general y entre Nicaragua y sus vecinos; a la actitud de querer ingresar al Movimiento de Países No Alineados; a la reanudación de contactos entre funcionarios cubanos y venezolanos; al apoyo a Nicaragua frente a una eventual agresión externa y al perfil bajo adoptado por Venezuela recientemente en El Salvador.

Al mismo tiempo, la disputa que se mantiene con Guyana se caracteriza por ser cada día más compleja en la medida en que se agotan las posibilidades de negociación bilateral contempladas en el Acuerdo de Ginebra. Venezuela y Guyana no reanudaron el Protocolo de Puerto España al vencerse su período en junio y no lograron ponerse de acuerdo en encontrar un terreno apropiado para iniciar conversaciones sobre unas reglas de juego aceptadas por ambas partes para dirimir sus diferencias. De ahí que de hecho el futuro de este problema esté en manos ajenas a ambos países en la medida que el Secretario General de las Naciones Unidas recibió el mandato del Acuerdo en buscar la vía más efectiva para comenzar a negociar. Esta situación sin lugar a dudas es más difícil que en 1981 y compromete a ambos países a buscar otros caminos prácticos de presión en la búsqueda de imponer sus objetivos, principalmente aquellos relacionados con los foros internacionales y

regionales.

Nuestro principal interés no está referido a describir los principales acontecimientos ocurridos durante este año en la materia que nos ocupa. Lo que nos interesa es preguntarnos si estamos o no en la presencia de un cambio general de la política seguida por el gobierno desde 1979 y si esto obedece a una reflexión sobre los resultados de la misma o es algo más circunstancial.

A nuestro modo de ver, es bastante difícil observar un cambio real en la formulación e implementación de la Diplomacia de Proyección. Los principios que la guían —democratización en el Caribe, contención de la influencia cubana en la región, la alianza con los Estados Unidos para prevenir radicalismos— aún están vigentes, y la puesta en práctica de una acción más moderada no parte de una evaluación crítica de toda la política sino más bien de la respuesta a hechos cumplidos, al retornarse a la criticada diplomacia de reacción. El peligroso juego de coincidencias con los Estados Unidos, el apoyo total a Napoleón Duarte en El Salvador y la misma posición activa del gobierno Herrera en su disputa con Cuba y en la promoción de gobiernos conservadores como los de Jamaica, Santa Lucía, Dominica y Honduras, han fracasado como iniciativas y ha levantado una oposición mayoritaria en el país y en el exterior. Pareciera que los intentos de iniciar una nueva etapa parten no de una actitud orientada hacia la rectificación general de la política seguida sino a un proceso de aprendizaje como respuesta a una situación muy clara de evidentes derrotas en los propósitos planteados.

Sin embargo, aun permitiendo un espacio para el arrepentimiento, nos cuesta dejar de lado, como borrón y cuenta nueva, lo que ha significado la Diplomacia de Proyección para el presente y el futuro cercano de nuestra política exterior. En este sentido, debemos precisar muy bien las responsabilidades: Responsabilidades por haber formulado una política ideologizante, dicotómica, basada en la confrontación y no en la negociación; por llevar a Venezuela a adquirir compromisos intervencionistas en América Central; por haber ama-

rrado nuestros intereses a los intereses de los Estados Unidos en el área; y por cerrar el diálogo con Cuba.

La política exterior es cosa seria y no puede cambiarse de sentirse frustrado el gobierno por la conducta norteamericana en Las Malvinas. El problema principal está en atacar las causas del fracaso de la Diplomacia de Proyección. El problema principal es la formulación de esta política y el diagnóstico que se hizo de las situaciones internacional y regional, de la importancia y posibilidades de actuación de nuestro país, y de las características de la crisis política centroamericana y caribeña. Percibir ideológicamente al Caribe, creer que el cambio social es producto de la inteligencia e ingerencia de potencias extra-regionales o potencias subalternas, creer que la democracia representativa venezolana es excelente para la exportación y pensar que los Estados Unidos coincide con Venezuela, no es sino consecuencia de lo señalado anteriormente.

Dado este contexto, la oportunidad se presenta para exigir una revisión general del papel histórico que ha tenido y tiene Venezuela en el Caribe, sus características, sus compromisos y su proyección. En fin, lo que se pide es un reto intelectual: la elaboración de un diagnóstico de la situación presente, que sirve para formular una alternativa y para precisar las consecuencias de toda una política que, entre otras cosas, por faltarle un verdadero diagnóstico de la realidad donde iba a ser implementada, ha descansado más en la retórica y lo dogmático que en la flexibilidad y el pragmatismo.

La inminencia del año electoral es una oportunidad para que, candidatos, partidos, funcionarios y académicos discutan a fondo los costos históricos que heredará el próximo gobierno en política exterior y el papel que Venezuela debe jugar en un mundo incierto. De lo contrario, los pequeños cambios, retóricos u oportunistas, no solucionarán la crisis de ubicación que vive nuestra política internacional.